

La semilla que sembramos

Pero desde el punto de vista propiamente represivo
hubo un cálculo errado.

Edgar Gutiérrez

Cuando hace unos 20 años con curiosidad académica me acerqué a querer entender las maras, eran cachorras. Rebeldes, escépticas, violentas, solidarias. No creían en nadie, estaban desorientadas, y como todos los jóvenes deseaban también gozar de la música y las fiestas.

Como los ciclos de vida de esos jóvenes son en extremo breves, han transitado, desde entonces, casi cuatro generaciones de maras. Ya son adultas y crecieron por una senda atroz. Lo que encontré en los años ochenta eran jóvenes virtualmente expulsados de sus casas de inmigrantes del interior que encontraban en la mara la familia esfumada y el espacio afectivo negado en el círculo sanguíneo. Para ellos la figura más respetable de este mundo era el papa Juan Pablo II, y la más admirada, Madonna.

Era en lo que creían. No en sus padres, menos en los líderes de la sociedad. Andaban por ahí molestando, pero sin agredir por norma. En cambio las autoridades de seguridad las calificaron pronto como amenaza al orden social y las reprimieron. No fue una persecución masiva. Listaron a los líderes y los fueron acabando uno por uno, como acción precursora de la limpieza social que ahora se realiza más sistemáticamente con aureola de legitimidad social.

Pero desde el punto de vista propiamente represivo hubo un cálculo errado. Los muchachos que regresaban deportados o por su propia voluntad de Los Ángeles sabían cómo protegerse de la persecución y supervivir aplastando a quienes se les pusieran en el camino. Así, las siguientes generaciones de mareros fueron crecientemente violentas y menos tratables.

Ahora sabemos que las maras no son una mera expresión de la moda urbana, un estado anímico pasajero de la adolescencia y la juventud. Son un dato duro de la realidad que prevalecerá un buen tiempo, pues, entre otras cosas, resulta una opción de vida. Para la mayoría, es la alternativa de ser y tener. Pero su militancia es también –como a veces sus tatuajes– una huella perenne en su vida.

Algunos podrán –luego de integrar su propia familia– ganar condiciones para sustentarse en el sistema, pero como esa vía es, en muchos sentidos, insegura, un campo minado de prejuicios sociales, lo harán pero como subcultura en los alrededores del sistema, donde se sienten más confiados, no se les juzga su estilo de vida y mantienen poder. Irán construyendo su propio edificio social, generando su economía de consumo en la cual no todos serán pobres.

Es una real paradoja que en una época en que el mundo parece una aldea por la velocidad de las comunicaciones, la incomunicación dentro de una misma sociedad crece de manera exorbitante. Otra falla del sistema educativo que siguiendo las pautas sociales se enclaustra cada día más.